

á la Africa, y sus latinas velas arrastran tambien á sus embarcaciones cargadas de guerre-ros á Grecia, á España y á las costas de Asia; é invade á la Galia y la Germania, haciendo sentir en todo el mundo conocido su poder inmenso, que se afianzaba por medio de la sabia política que hemos indicado.

En Provincias romanas se dividía casi la tierra; y estas como las Ciudades de Italia, conservaban su autonomía y libertad interior en mayor ó menor límite, segun su situación y circunstancias, y todas contribuían á la grandeza de Roma la dictadora.

Veinte caminos de labrada piedra, saliendo del Capitolio Romano, partían á diversas sucursales donde reflejándose el Gobierno de Roma, existía una constitución política semejante, y donde su Senado respectivo legisla-ba. Los ejércitos romanos guarnecían las plazas estratégicas y se auxiliaban mútua-mente, para sofocar rebeliones ó emprender nuevas operaciones bélicas.

A todas las razas con que se puso en contacto Roma, las consideró igualmente, des-pués de que reconocían su gobierno, y de este modo les daba cierta unidad por medio de la dirección única que se abrogó, y todas las razas por eso se relacionaron formando un cuerpo más homogéneo y fueron todas sus

ciencias, sus artes, sus industrias, su comer-cio, la comunión universal que á todos en-grandecía y á la Ciudad romana levantaba á la cúspide de los pueblos.

Roma, que formo el derecho, según vere-mos, criadora de una política exclusivamente suya, en lo demás fué ecléctica por excelen-cia, y partiendo de los conocimientos que ad-quiría en sus provincias, combinó unos con otros, extractando lo mejor y utilizando quan-to había.

De Grecia tomó cuanto Grecia tenía: la filosofía que allá estaba dividida en doctrinas contrarias, en Roma se mezcló, armonizándose las ideas filosóficas. La poesía se hizo más extensa en sus manifestaciones sin abandonar los principios griegos. La arquitectu-ra combinó todas las líneas y doblando la horizontal suavemente, agregó el arco. Uniendo la pintura griega con todas las otras cono-cidas formó una escuela más universal, más varia, se atrevió al paisaje y buscó el color en la naturaleza. Y cuanto elaboraba Roma, lo derramaba luego en las provincias.

Rocogió de todos los pueblos las teorías de justicia, y por medio de sus jurisconsultos formó un solo código de cuantos sanos prin-cipios encontró en aquellas diversas legisla-ciones, dándole á código semejante un carác-

ter universal, que llamó el derecho de las gentes. Así saliendo la ley de la Ciudad, se extendió más completa en la humanidad entera.

Trabajando en esto sin descanso la dictadora de leyes, de los principios incontrovertibles que á todo hombre en todas partes y circunstancias podían ser comunes, estableció dogmas á que dió el nombre de derecho natural, superior á toda especialidad de derecho.

La Jurisprudencia romana, inspirándose en las más elevadas ideas de justicia, servía como de antecedente necesario al ideal del evangelio cristiano que vendría después.

Las clases civiles en Roma, se dividían en aristocrática y plebeya; más á la primera formada de los patricios, tenía acceso la segunda; y por lo que respecta al esclavo, fué considerado por las leyes como hombre y no como cosa, teniendo que ser por el dueño respetada su vida; su libertad la podía adquirir por medio del trabajo, que ha sido siempre el redentor de todas las servidumbres.

La mujer, cuyo tierno espíritu estaba encarcelado, libre se levantó recorriendo la región del arte en lo que este tiene de recreativo; la lectura y la pintura que pudo cultivar dilataron su entendimiento; llevó al matrimonio su capital por medio del dote; pudo ser la

tutora de sus hijos; fué la dueña de la casa y gozó de cierta libertad fuera de ella. En la conversacion, de la sociedad, sorbió el saber de que estaba ávida, derramando en cambio su gracia, antes en reclusión.

El patricio romano tenía parte en el Gobierno, patrocinaba á gran número de plebeyos en los negocios públicos, y estos por medio de servicios en el Ejército podían llegar al lugar de aquel.

Su casa estaba dispuesta para una vida más complexa que la griega, ampliándose y teniendo comodidades desde la fachada donde un portal servía para que esperasen los clientes. Al adorno de la casa del patricio, concurrían las preciosidades de todos los pueblos del mundo y á su mesa todas las viandas y vinos que aquellos produjeran.

El romano, en la forma que hemos dejado dicha, hasta de un modo material, se asimilaba aunque fuese una molécula de cada una de las distintas partes de la tierra, y Roma vivía de la vida de todos los pueblos.

Pero llegó á no producir la metrópoli; su suelo se hizo infecundo, pues que todos los elementos para la mantención del pueblo venían de las provincias. Para divertir el ocio de sus gentes, en su gran circo luchaban las fieras, después los hombres y al fin se ejecu-

taron espantosas hecatombes entre los hombres y las fieras. Los prisioneros eran los escogidos para semejante martirio. ¡Ah! su altura había desvanecido á aquel pueblo dictador, que creyó á su soberbia Roma una divinidad y hasta le rindió un culto, en el cual el sacrificio lo hacían como hemos dicho, hambrientas fieras y hombres desarmados, en presencia de la multitud, que aplaudía los detalles más tremendos de la lucha! Las provincias imitaban á la metrópoli....

Después de la fatiga que al espíritu producían esos espectáculos que estragaban el paladar del alma, se mecía sobre Roma la tristeza; enlutada profetisa de siniestros augurios.

De todas partes empezaban á llegar noticias de rebeliones de los sometidos ó invasiones de los bárbaros, y por todas partes corrió abundantemente la sangre. Pero á pesar de todo, Roma había ya unido por la disciplina las razas insociables, y había preparado por medio de los progresos que derramó abundantemente sobre ellas, al espíritu humano, para la enunciación de las más nobles doctrinas.

Lo actual, que por la paralización del progreso, que es la vida, tendía á morir, que por el estado de cosas se hacía antipático, de-

mandaba un cambio y un nuevo elemento que trajera nuevas actividades.

Las almas, las inteligencias se hallaban abiertas para recoger en su seno lo que llegara, y se mecía en la atmósfera una nueva idea, y murmuraba palabras misteriosas que hacían estremecer al mundo.

Había sido preciso que la geografía se hiciese universal, y los persas habían enlazado unos con otros los pueblos, los fenicios los relacionaron, los griegos criaron en todos el sentimiento por lo bello, los romanos los hicieron vivir dentro del derecho, mezclando perfeccionadas todas sus aptitudes, y faltaba universalizar el ideal moral, inspirado por una religión que, partiendo de lo más bello de las orientales, fuese un progreso para la época, y que moralmente unificara en un solo sér á la humanidad entera.

El pueblo hebreo, que desde la época de los Faraones, quedó en la esclavitud en Egipto, que había salido de esta esclavitud estableciéndose á las orillas del Mediterráneo, que de Jerusalem había hecho el gran puerto por donde el Oriente y el Occidente verificaban su tráfico, al correr los últimos tiempos de Roma, robustecido con el comercio en que mostró singulares aptitudes, derramaba inconscientemente no obstante sus reservas, la

idea de un sólo Dios de bondad, á todas partes por donde en busca de lucro se dirigian sus hijos. Pero para los pueblos de imaginación ardorosa como los occidentales, era preciso una revelación que hablara á la mente y los sentidos para que aquella idea simpática tomara incremento en ellos. Y revestida de bella forma, fué conocida la vida y la muerte de Jesucristo, que predicaba la fraternidad, la igualdad y la libertad, en nombre de Dios su Padre; sellando sus doctrinas llenas de caridad y de amor con su muerte en la cruz ignominiosa, á orillas de Jerusalem. El ofreció la eternidad al espíritu del justo; y el desgraciado y el esclavo, todos los que sufrían, descansaron en la esperanza del bien en el más allá. Los dioses del paganismo tenían que rodar por el polvo, ante la presencia de un Dios, que daba al bueno una eternidad de ventura.

La aspiración de la humanidad quedaba satisfecha con aquel ideal divino, que en una época de desconsuelo y decadencia se levantaba ante la mente, iluminado con los tintes poéticos de la existencia legendaria de Jesucristo, que hablaba de ese Dios su Padre á los hombres sus hermanos.

Los ejércitos romanos sitiaban á Jerusalem, y antes que el cerco se estableciera, los

apóstoles de Jesucristo, pobres y desarmados, salen de allí para Occidente á predicar el Evangelio, que el crucificado les dejara á su muerte.

La concepción de un Dios, había pues, guardada años y años por los judíos, permanecido en medio de ellos, hasta que Roma, al hacer del mundo un sólo pueblo, preparó la hospitalidad para ese Dios único en el universo; y cuando todas las circunstancias hacían necesaria la nueva idea, los apóstoles la predicaron, siendo escuchadas con avidéz sus palabras de consuelo, que caían como rocío vivificante sobre las multitudes.